

lado de Gregorio (1). Habiéndole hecho decir el general Miollis que era una tontería querer insistir en una obstinación inútil para los intereses del país, el animoso y espiritual prelado contestó: *Stulti sumus propter Deum*.

Súbitamente partió de Roma un ayudante de campo del general Miollis, con la tiara que Napoleón había regalado á Pio VII, y con los demás ornamentos pontificales (2). Decíase que la intención del emperador era entregárselos al Pontífice.

Después de haber visto el lector á Pio VII arrancado de su Sede, es natural que se interese por saber la suerte de los cardenales, que no podían librarse de la persecución hecha contra su jefe. Ya se recordará que la mayor parte de ellos habían sido transportados por la fuerza fuera de Roma antes del rapto de Pio VII. Los que se hallaban aún allí cuando ocurrió este funesto acontecimiento, fueron alejados después. En la primera invasión de Roma en 1798, cometieron los franceses la falta de dejar dispersar á los cardenales, facilitándoles de este modo el poder reunirse en Venecia después de la muerte de Pio VI (3); pero el nuevo perseguidor de la Iglesia creyó ser más diestro y discreto reuniendo á los cardenales bajo su vista. Para esto mandó que todos los que se hallaban en situación de poderlo hacer, se reunieran en París á fines de 1809. Este suceso hubiera podido tener tristes consecuencias, si las revoluciones políticas que ocurrieron algunos años después no hubiesen traído otro orden de cosas. En efecto, este era el medio de adquirir más fácilmente influencia sobre los cardenales, y de no tener que temer su conducta en el caso de quedar vacante la Santa Sede. El cardenal Antonelli, decano del Sacro Co-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 255.
(2) *Ibid.*, p. 256.
(3) *Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, t. 3, p. 519-522.

legio, que el año anterior había sido arrebatado de Roma y conducido á Spoleto, fué posteriormente trasladado á Sinigaglia y murió en este destierro. El cardenal Casani no pudo permanecer en Roma sino á causa de su enfermedad. Creyeron hacer un favor al cardenal Carrafa, enfermo y octogenario, dejándole permanecer en Tolentino, de donde poco después pasó al monte Alboddo. El cardenal Braschi quedó en Cesena por estar atormentado de la gota, y el cardenal Della Porta enfermó en Turin al pasar á Francia y murió de allí á poco. Los cardenales Crivelli y Carandini se hallaban en Módena algunos meses antes de la marcha del Papa. Los cardenales Caracciolo y Firrao, napolitanos, se libraron de la deportación, el primero por el mal estado de su salud, y el segundo aceptando la plaza de limosnero del nuevo rey de Nápoles. Al cardenal Castiglioni, obispo de Osimo, se le dispensó de pasar á Francia por los frecuentes ataques de gota que padecía. Todos los demás cardenales italianos fueron llevados á Francia, y el perturbador de la Iglesia tenía al parecer una complacencia en presentarlos en espectáculo al pueblo de París y en obligarles á presentarse en su corte. También se divertía en apostrofarlos públicamente, y echarles en cara la conducta del Papa y la suya propia. Chanceábase con ellos sobre la excomunión lanzada contra él, y no perdonaba ocasión de mortificarlos.

Bonaparte había señalado á los cardenales que había hecho pasar á Francia, una pensión de treinta mil francos. Muchos de ellos, que por lo general no la necesitaban, la aceptaron y gozaron de ella hasta la caída del imperio. Algunos, á quienes se hizo creer que esta pensión era una especie de indemnización de los beneficios eclesiásticos de que habían sido despojados en Italia, la aceptaron igualmente; pero habiendo conocido más á fondo de allí á pocos meses las intenciones del Santo Padre, se negaron á recibirla. Tampoco faltaron otros que

renunciaron generosamente á ella desde el principio. La conducta de muchos de ellos durante los primeros meses de su residencia en París, no fué según lo exigían su dignidad y las penosas circunstancias en que se hallaban (1). No reflexionaron que hallándose cautivo el Santo Padre y la perseguida Iglesia, los individuos del senado apostólico debían manifestar tristeza y aflicción en todos sus actos. Muchos se mezclaron en los bulliciosos círculos de la capital; frecuentaron la casa del ministro de cultos, iban por la noche á hacerle compañía, y no tuvieron vergüenza en dejarse ver al lado del archicanciller Cambaceres, que además de ser conocido en París por sus principios filosóficos en materias de Religión, gozaba también de muy mala reputación por su inmoralidad. Todos los cardenales asistieron muchos domingos á la capilla imperial de las Tullerías y oyeron allí misa en presencia de Napoleón. Estas son grandes debilidades; pero debemos vacilar tanto menos en hablar de ellas, según el cardenal Pacca, cuanto que la mayor parte de los que tenían que echarse en cara, supieron reparar en lo sucesivo con su conducta, llena de celo, de firmeza y valor, la poca edificación que habían causado á los fieles.

El proyecto de un nuevo matrimonio, suministró á Napoleón motivos de ensañarse contra los individuos del Sacro Colegio. Hizo declarar nulo su enlace con Josefina y contrajo otro con María Luisa, archiduquesa de Austria.

Hasta entonces una costumbre constante y fundada en las más sólidas razones había reservado á los Papas el decidir sobre esta clase de asuntos cuando se referían á personas Reales. Creíase que había inconvenientes en que un príncipe pudiese abusar de la autoridad sobre sus súbditos para arrancar de ellos decisiones

y sentencias favorables á sus deseos, y se habían reservado estas causas de tanta trascendencia para otra autoridad superior é independiente. La Iglesia había observado siempre esta regla y de ello la historia de Francia presenta muchos ejemplos. Por esta razón varios cardenales consideraron como un atentado contra la Santa Sede el que la curia de París se atreviera á fallar sola en un asunto de tanta importancia. Los que residían en París, á donde habían sido llamados, y á quienes su salud les permitía salir, eran veinte y seis; todos asistieron á la ceremonia del matrimonio civil en Saint-Cloud el 4.º de abril de 1810; pero no sucedió así en la ceremonia religiosa el día 2 en los salones del Louvre. Trece cardenales dejaron de comparecer. El emperador adivinó el motivo de su ausencia y lo sintió vivamente. Dr. de Prat que ha sido bien informado de este particular, lo refiere de este modo. «Durante toda la ceremonia del casamiento tuve que estar por mi empleo cerca de Napoleón, y no me separé un solo instante. Habíase ocupado en todos los detalles del adorno de la capilla, la que al pronto le pareció bien, pero al fin conoció que no tenía el carácter imponente que conviene á los lugares religiosos. Acababa de recorrer con la vista aquella dorada multitud que lo escogido de Europa había en su interés ó en su curiosidad suministrado á la decoración de las galerías, cuando clavando de repente sus miradas en los asientos destinados para los cardenales, me preguntó: «¿Dónde están los cardenales?» — «Allí están, le respondí. No había más que trece.» — «¡Ah! no los veo, prosiguió diciendo: no están aquí.» — «Un gran número se hallan ahí, le repliqué: el tiempo ha estado malo esta mañana para la avanzada edad de los más de ellos. Además la entrada de la capilla es difícil de encontrar.» — «¡Ah, los necios!» exclamó con acento colérico. Y volviendo un instante después á fijar sus mira-

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 1, p. 333-342.

das en el mismo sitio: «Pero si no están, me dijo. ¡Ah, los necios!» volvió á repetir con el mismo tono, lanzando hácia aquel lado una fulminante mirada, acompañada de un movimiento de cabeza en que se revelaba el deseo de venganza. Yo sospeché que se estaba formando una récia tempestad.»

Esta tempestad no estalló aquel día, ni el siguiente (1); pero el día 5 Bigot de Preameneu, sucesor de Portalis, escribió á Champagny que, con arreglo á la conducta observada por doce cardenales (el ministro se engañaba: se había olvidado en su lista al cardenal La Somaglia) con motivo del matrimonio del emperador, no volverían estos cardenales á ser admitidos en la corte: en efecto, ya no volvieron á recibir ninguna invitación del ministro de relaciones exteriores. Estos cardenales eran Mattei, Pignatelli, di Pietro, Saluzzo, Brancadoro, Galeffi, Opizzoni, Litta, Scotti, Gabrielli, Consalvi y Luis Ruffo, á los cuales hay que añadir el cardenal La Somaglia. Napoleón, mas que pontífice en aquellos momentos, mandó que aquellos trece cardenales dejaran la púrpura y no pudieran vestirse sino de negro (de aquí viene la distinción de cardenales *negros* y *rojos*). Además se les privó de la pensión que gozaban como indemnización de los beneficios eclesiásticos que se les habían quitado.

Advertidos los trece cardenales del desprecio é indignación del emperador, trataron al momento de justificar su conducta poniendo en sus manos la siguiente representación: «Los cardenales que suscriben, que han incurrido en la indignación de vuestra magestad imperial y real, expresada por vuestro ministro en los términos mas enérgicos, porque los ha creído culpables de rebelión, á causa de no

(1) M. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 258.

haber asistido á la ceremonia religiosa de matrimonio, depositan al pie de vuestro trofeo esta humilde declaración, por medio de la cual dan á conocer con verdad y franqueza sus sentimientos infinitamente distantes de semejante inculpación, á la cual miran con tanto horror. Así que protestan que no ha habido intriga, ni coalición, ni complot de ninguna especie; que su opinión ha sido el resultado de algunas comunicaciones confidenciales y fortuitas; que nunca han tenido por objeto las graves consecuencias que les han sido manifestadas por el ministro; y que el único motivo por que no han asistido á dicha ceremonia ha sido por no haber intervenido el Papa en la disolución del primer matrimonio. Declaran además no haber nunca pensado en convertirse en jueces, ni en querer dudar de la validez de la disolución del primer matrimonio, ni de la legitimidad del segundo, ni en promover dudas acerca de los derechos á la sucesión al trono, de los hijos que de él nazcan. Finalmente, suplican á Vuestra Magestad acoja favorablemente esta humilde y sincera declaración unida á los sentimientos de profundo respeto, obediencia y sumisión que tienen el honor de profesarle. París 5 de abril de 1810.»

Esta humilde y respetuosa representación no produjo efecto alguno, como era de esperar; poco tiempo después los trece cardenales fueron desterrados de París en esta forma: Mattei y Pignatelli, á Rhetel; La Somaglia y Scotti, á Mezieres; Saluzzo y Galeffi, á Sedan y luego á Charleville; Brancadoro y Consalvi, á Reims; Luis Ruffo y Litta, á San Quintin; Di Pietro, Opizzoni y Gabrielli, á Semur.

Añadiremos que la conducta de los trece cardenales no tenía necesidad de justificación; pero que lo que era mucho mas extraño es que sus colegas hubiesen intervenido en la ceremonia del matrimonio. No ignoraban, sin em-

bargo, lo que había sucedido en 1804, cuando Pio VII pasó á Francia á consagrar y coronar á Bonaparte. Apenas el Papa había llegado á Fontaineblau, cuando se le presentó el cardenal Caprara, diciéndole que el emperador deseaba que el Santo Padre consagrara y coronara el mismo día á la emperatriz Josefina. El Papa, á quien habían aconsejado en Roma algunos cardenales que se informara si el matrimonio de Napoleón con Josefina, viuda de Beauharnais, era válido, para poder arreglar su conducta sobre este particular, preguntó categóricamente al legado si Josefina era en realidad esposa del emperador, porque en tal caso haría muy gustoso por ella la ceremonia de la consagración. El cardenal legado y otros personajes de la corte imperial atestiguaron y aseguraron á Pio VII que Josefina era legítima esposa de Napoleón, y en vista de esto el Papa accedió á dar al emperador aquella nueva muestra de complacencia. En 1805 el Papa, después de su regreso á Roma, en un consistorio del 26 de junio dirigió una alocución al Sacro Colegio, que luego se imprimió y circuló por toda la cristiandad, en la que declaró solemnemente que el 2 de diciembre de 1804 había procedido con toda la pompa y solemnidad acostumbrada á la consagración y coronación del emperador y de su muy querida hija en Jesucristo, la emperatriz Josefina, esposa de aquel soberano. En vista de una declaración tan solemne de un Pontífice tan religioso como Pio VII, ¿cómo habían de poder los cardenales tomar parte en un asunto de tan alto interés sin una nueva declaración del mismo Pontífice? No podían hallar ningún motivo de seguridad ni en el proceso hecho con el secreto mas misterioso, ni en la decisión de algunos sacerdotes, súbditos del emperador, que componían el tribunal de la vicaría de París; pues seguramente esta decisión no podía contraponerse á la que habían oído de la boca misma del Gefe supremo de la Iglesia.

La mayor parte de los cardenales desterrados vivieron á espensas de los donativos voluntarios de las almas generosas, que se compadecieron de su suerte, y para lo cual se hicieron colectas. El mismo Pontífice se vió reducido á recurrir á la caridad de los fieles, y el exceso de tiranía no pudo impedir que los donativos gratuitos de estos llegaran á sus manos. En París se distinguieron particularmente las mugeres en la asistencia caritativa y generosa que la nación francesa ofreció á los cardenales y demas eclesiásticos italianos. Algunas apreciables señoras de esta capital se propusieron imitar á las Próculas y Olimpiadas, ilustres matronas griegas, que tantos sacrificios hicieron y tantos males sufrieron durante el destierro del gran doctor de la Iglesia San Juan Crisóstomo, y las Paulas y Marcelas, damas romanas, tan ponderadas en las epístolas de San Gerónimo. Establecieron á sus propias espensas, y con ayuda de lo que recogían pidiendo, una caja, que por lo general solían llamar la caja de los confesores de la fé, y con estos recursos acudían mensualmente á las necesidades de los individuos del Sacro Colegio.

Y mientras un gran número de cardenales sufrían en Francia por la causa de Pio VII ¿qué hacía este Pontífice, preso en Savona?

El conde de Metternich, que se hallaba en París, había pedido al emperador, en un momento en que le halló de buen humor, permiso para enviar á Savona un agente austriaco, encargado de ver al Papa y de arreglar con él algunos asuntos religiosos relativos á la diócesis de Viena y á otras partes de los Estados hereditarios (1). Pio VII sorprendido de la complacencia del emperador en consentir la presentación de aquel agente, y admirado de la seguridad que se le daba de que Napoleón no se oponía á que los fieles le dirigiesen

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 259.

sus solicitudes, tuvo un momento de verdadero placer. Pareció interesarse vivamente en los detalles sobre el matrimonio que según decían ofrecía seguras garantías de una paz estable. «¡Quiera el cielo, exclamó, que este imprevisto suceso consolide la paz del continente! ¡Deseamos más que nadie que la persona del emperador Napoleón sea feliz: es un príncipe que reúne tan eminentes cualidades! ¡Quiera el cielo que al fin comprenda sus verdaderos intereses! Tiene en sus manos, si se reconcilia con la Iglesia, los medios de hacer todo bien á la Religión y de atraer sobre sí y sobre su dinastía la bendición de los pueblos y de la posteridad, dejando un nombre glorioso bajo todos aspectos!» Mas no tardaron en ser contrariados estos arranques de su corazón por recuerdos y amargas reflexiones acerca de su situación. Su aislamiento y otros desagradables motivos se acumularon de tropel en su memoria: de modo que cuando le hablaban de la embarazosa posición de los obispos de Austria y de los inminentes peligros que amenazaban á la Iglesia y á la Santa Sede, si no trataba de salir del estado de inactividad y nulidad en que se encontraba, contestó: «Ya lo hemos presentado y este es el único pensamiento que nos ocupa. Esta interrupción de todas las relaciones con el clero extranjero y la dificultad de nuestras comunicaciones hasta con los obispos franceses, son objeto de nuestra más profunda pena. Aunque nos vemos detenidos aquí sin libertad de correspondencia, sin noticias, excepto las muy vagas que podemos tomar de algunos números sueltos del *Moniteur*, hemos comprendido perfectamente los compromisos en que se ven los obispos: así es que no hemos cesado de lamentarnos de nuestra situación bajo este punto de vista; es un verdadero cisma establecido de hecho. Nada pedimos para Nos al emperador; pues nada tenemos que perder después de haberlo sacrificado todo á nuestros deberes.

res. Somos ya ancianos y no tenemos necesidades. ¿Qué consideración personal podría desviarnos del sendero que nuestros deberes y nuestra conciencia nos han prescrito, ó hácernos desear alguna cosa para nuestro provecho personal? No queremos pensiones: no necesitamos honores; las limosnas de los fieles nos darán lo bastante para vivir. Aun habiendo otros Pontífices más pobres que Nos, y nuestro pensamiento no sale del estrecho recinto en que nos veis; pero deseamos ardentemente que se restablezca nuestra comunicación con los obispos y con los fieles. Nos contentamos con que las representaciones de estos puedan llegar libremente hasta Nos y que podamos ejercer nuestras funciones. Que no se nos deje en tanto aislamiento (es tal que para secretario hemos tenido que valer nos de un criado, porque su letra es legible); que no se nos impida ejercer nuestro ministerio espiritual por absoluta falta de los individuos necesarios, y porque no es dado á los fieles llegar libremente hasta Nos! Hemos hecho cuanto dependía de Nos, espidiendo más de quinientas dispensas por Nos solo y ayudado como nos ha sido posible á los obispos del imperio francés, cuyas instancias han llegado hasta Nos. Mas sobre faltarnos las fuerzas físicas, hay materias que deben ser examinadas y discutidas; hay fórmulas que guardar, raras si se quiere, mas no por eso menos necesarias, y que Nos no conservamos en la memoria. No os podeis figurar, prosiguió diciendo al agente austriaco, el consuelo que tenemos, en que seáis portador de asuntos eclesiásticos relativos á vuestro clero. Hé aquí el primer canal que se abre ante Nos.»

Entre los pesares que afectaban al Santo Padre, una de las cosas que más le afligían era la detención del cardenal Pacca y de su sobrino en Fenestrelle. Hablando del cardenal decía: «Deben haber hablado mal de él al emperador

»pues lo que es personalmente no le puede haber dado ningún motivo de disgusto. Era nuestro secretario de Estado en una época desgraciada, y ahora es víctima inocente de ella. Mas esto no debía ser un agravio á los ojos del emperador, pues todo el mundo sabe que Nos escribíamos de nuestra mano las protestas, y que para no comprometer á nadie, nos habíamos encargado personalmente de nuestra propia defensa; pero era preciso que por lo tocante á la forma, el secretario de Estado diese su nombre.»

Los otros motivos de pena del Pontífice eran el llamamiento y permanencia en París de los cardenales, la deportación de varios obispos que habían seguido literalmente sus instrucciones, y por último, el pesar de no haber podido alcanzar que los prelados Menocchioni, su confesor; Devoti, secretario de breves; Testa, secretario de cartas á los príncipes, y algunos escribientes, se reunieran con él. Por lo demás alababa las atenciones que le tenían el conde de Chabrol, prefecto del departamento, y el general César Berthier, gobernador de Savona. Sin embargo, no quería salir del palacio episcopal que habitaba, y limitaba sus paseos á su habitación y á un pequeño jardín. La concurrencia de gente que la devoción traía diariamente á sus pies en nada se disminuía.

Pío VII prometió ocuparse directa y prontamente de los asuntos del clero de Austria. En 24 de mayo de 1810 dirigió al conde de Metternich un breve contestando á la carta que este le había escrito. En él renovaba las seguridades de su constancia en rechazar la injusticia; indicaba, sin embargo, que aceptaría una mediación sobre bases dignas de él, y cuando se hiciese cesar el estado de desolación y aislamiento en que se le tenía. La expresión con que pinta la situación, está marcada con un carácter de ternura, de gratitud y de dulce confianza; pero se echa de ver en ella la

gravedad del Pontífice: es desgraciado, está enternecido el que la escribe; mas no por eso deja de ser grande y Vicario de Jesucristo sobre la tierra (1).

En un decreto de 10 de junio del mismo año, el emperador ejerció en materias eclesiásticas un acto de autoridad, apenas lícito á los Pontífices romanos en casos urgentes y en los mayores apuros de la Iglesia (2). Ese acto fué la supresión de diez y siete obispados con sus cabildos en los departamentos de Roma y de Trasimeno; para hacerlo dió por escusa que eran superfluos y onerosos para los pueblos. De los obispados que allí existían solo conservó catorce, reducidos luego á trece por supresión de la Silla de Baguarza, y á ellos reunió los territorios de las iglesias suprimidas. Este distinguido favor del emperador tocó á las diócesis, cuyos prelados, por una vergonzosa condescendencia, prestaron el juramento exigido por el gobierno, á pesar de la prohibición del Papa. Los sacerdotes de las iglesias suprimidas, que también fueron llamados á prestar el juramento, prefirieron, aunque la mayor parte de ellos se hallaban abrumados de años y enfermedades, sufrir la pérdida de sus bienes y el destierro á Francia antes que deshonrar sus canas.

Una voz atrevida refería sin embargo á Napoleón los dolores de Roma. El escultor Cánova, á quien el emperador había hecho venir á Francia, no temía reclamar en favor de aquella metrópoli de las artes y de la Religión. «Esta capital, le dijo en una conferencia delante de María Luisa, está desolada desde que el Papa falta de ella: ha perdido su soberano, cuarenta cardenales, los ministros extranjeros, mas de doscientos prelados y una multitud de eclesiásticos: las calles van á

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pío VII*, t. 2, p. 627.

(2) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 261—262.

verse cubiertas de yerba: vuestra gloria me permite hablaros con esta libertad (1). Antes corría por Roma el oro, pero ya no corre. — A esto respondió Bonaparte: «Poco es el oro que ha corrido en estos últimos tiempos: sembrad algodón... Haremos á Roma capital de la Italia y le añadiremos Nápoles: ¿qué me decís á esto? ¿os dais por contento? — Las artes podrían atraer la prosperidad: la Religión favorece las artes. Entre los egipcios, entre los griegos y entre los antiguos romanos, solo la Religión es lo que sostuvo las artes. Los trabajos de los romanos llevan el sello de la Religión. Esta saludable influencia sobre las artes las ha salvado también en parte de las desolaciones de los bárbaros. Todas las religiones son bienhechoras de las artes; pero la que más magnífica y particularmente es su madre y protectora es la verdadera Religión, nuestra Religión católica romana. Los protestantes, señor, se contentan con una simple capilla y una cruz y no dan motivo para fabricar hermosos objetos artísticos. Los edificios que poseen han sido erigidos por otros. — El emperador, dirigiéndose á Maria Luisa é interpeándola, exclamó: «Tiene razón: los protestantes no tienen nada hermoso.»

En otra conferencia, dándose Cánova á sí mismo una intrépida misión, habló súbitamente del Santo Padre (2): las primeras palabras que sobre este particular se escaparon al veneciano fueron tan fuertes que por un momento estuvo temiendo haber cometido una imperdonable imprudencia; pero la frente de Napoleón no anunciaba aun tempestad y la emperatriz miraba al artista con una sorpresa de satisfacción reprimida, por lo cual alentándose con-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 272-273.

(2) *Ibid.* t. 2, p. 273-275.

tinuó: «Pero señor, ¿por qué Vuestra Magestad no se reconcilia de cualquier modo que sea con el Papa? — «Porque los curas, señor mío, quieren mandar y ser dueños de todo, como Gregorio VII.» — «Me parece, señor, que por lo presente no hay que temerlos, siendo, como es, V. M. dueño de todo en Italia.» — «Los Papas han tenido siempre en una posición muy baja á la nación italiana, cuando no eran señores de Roma por las facciones de los Colonna y de los Orsini.» — «Ciertamente, si los Papas hubiesen poseído la audacia de V. M., no les han faltado buenas ocasiones para hacerse dueños de Italia.» — «Esto es, dijo Napoleón tocando su espada, esto es lo que hace falta: esto es lo que hay que tener; la espada.» — «No solo la espada, replicó Cánova, sino también el *lituus* (varilla curva que llevaban los augures). En fin, señor, pues que habeis llegado á esa grandeza por la espada, no permitais que nuestros males se aumenten. Yo os lo digo: si no sosteneis á Roma, volverá á ser lo mismo que cuando los Papas habitaban en Aviñón. A pesar de la increíble multitud de sus acueductos y fuentes, faltaba el agua: rompiéronse los conductos y había que beber el amarillento cieno del Tiber: la ciudad era un desierto.» Este hecho conmovió al parecer vivamente al emperador, y replicó con viveza. «¿Por qué, pues, me oponen resistencia? ¿Cómo! Yo soy el dueño de Francia, de toda Italia, y de las tres mayores partes de Alemania: soy el sucesor de Cárlo-Magno! Si los Papas de hoy hubiesen sido como los Papas de otros tiempos, todo se hubiera compuesto. Vuestros mismos paisanos, los de Venecia, se han desazonado con los Papas.» — «Pero nunca han llegado al extremo de Vuestra Magestad.» — «Es que en Italia el Papa es enteramente alemán.» Al decir estas palabras Napoleón miró á la emperatriz, la cual di-

jo: «Puedo aseguraros que cuando yo estaba en Alemania decían que el Papa era enteramente francés.» — Napoleón prosiguió diciéndole: «No ha querido espulsar de sus Estados ni á los rusos, ni á los ingleses, ni á los suecos, ni á los sardos: por eso le hemos derribado.»

Cualquiera que fuese la situación en que Cánova dejó al emperador, necesariamente debían originarse nuevas turbulencias (1).

Bonaparte había estado siempre persuadido de que Gregorio Bernabé Chiaramonti era un hombre de poco talento, poco versado en las ciencias y de un carácter muy débil y tímido: de manera que todos los actos en que había demostrado valor, vigilancia ó firmeza se atribuían no á él, sino á sus ministros (2). Esta opinión fué la que le hizo arreglar la conducta que creyó deber observar para vencer la oposición del Papa y obligarle á secundar todas sus miras y designios: por esto le separó de todos sus ministros y consejeros, y le dejó enteramente aislado en Savona para asediado con promesas, con súplicas y con amenazas. Pero encontró una resistencia no esperada, porque no había conocido bien las cualidades morales y el carácter del Papa. No era Pio VII hombre de poco talento ni de carácter débil y pusilánime; por el contrario, tenía un espíritu pronto y activo y estaba versado en las ciencias sagradas. Además, estaba dotado de aquel buen sentido que hace ver las cosas bajo su verdadero punto de vista y da á conocer sus dificultades. Las primeras ideas que se le ocurrían en el manejo de los negocios y sus primeras resoluciones eran siempre dictadas con esquisita sensatez y fino discernimiento, y ¡ojalá hubiesen sido siempre llevadas á efecto! Pero si alguno de sus ministros ú otra persona

de consideración le objetaba algo y proponía otro medio, el buen Pio VII olvidaba su propio parecer y seguía consejos ajenos que las más de las veces no eran los mejores. Los malévolos atribuían esta docilidad á debilidad de carácter y á un excesivo abandono: otros lo achacaban á una opinión demasiado desventajosa de sí mismo y á una gran desconfianza de sus propias luces y talento, reconociendo en esto su modestia y humildad. Ciertamente es que durante su Pontificado no se le vió obrar siempre de un modo constante y uniforme en los asuntos. Transportado á Savona, y rodeado de personas adictas á su servicio, que nunca se habían ocupado de asuntos políticos ó eclesiásticos, se vió abandonado á sí mismo y entonces fué cuando se conoció claramente todo el bien que se hubiera podido esperar de él, si en vez de valerse de los consejos de otros hubiese seguido sus propias ideas y sus primeras resoluciones. Apenas había llegado á aquella ciudad, cuando de todas partes recibió cartas de cardenales y obispos suplicándole diese la institución canónica á los eclesiásticos nombrados por Napoleón para las diferentes iglesias vacantes de Francia é Italia. Napoleón se esforzaba cuanto podía para hacer ver que no intentaba variar nada en los asuntos de la Iglesia, y que aun después de la usurpación de los Estados eclesiásticos y de la espulsión violenta del Pontífice, no habían cesado los lazos y relaciones que existían entre él y el Gefe supremo de la Iglesia romana. Pero como las cartas de los cardenales y obispos dirigidas á Pio VII no iban acompañadas de las instancias de personas presentes, á quienes estaba acostumbrado á no resistir, no produjeron ningún efecto: de manera que el Papa permaneció firme en la resolución que había tomado de no admitir los nombramientos para las iglesias de Francia é Italia, si antes no se le daba satisfacción de las violencias y ultrajes sin número que había

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, p. 276.

(2) *Mem. del card. Pacca*, t. 2, p. 16-20.